

Asaltar el cielo. #Yosoy132: empoderamiento y viralización de la insurgencia juvenil

Sánchez Acevedo, Eliel Francisco

2015-03-20

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/645>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>

Asaltar el Cielo

#YoSoy132:
empoderamiento
y viralización de la
insurgencia juvenil

■ **Eliel Francisco Sánchez Acevedo.**

Estudiante de la licenciatura en Derecho de la Universidad Iberoamericana Puebla. Miembro de la Asamblea Más de 131 Ibero Puebla

Fotografía: Sudhamsu Hebbar

Que la amnesia nunca nos bese en la boca.

Que nunca nos bese.

Roberto Bolaño

Diferentes dinámicas caracterizan la era posglobal, en particular aquella en donde el mercado mundial es el actor principal a la hora de usurpar las funciones del Estado-Nación, asistiendo nosotros, como consecuencia lógica, al desmoronamiento de las formas tradicionales de democracia representativa soberana y a la reconfiguración del orden político y gubernamental por la que el gobierno y sus instituciones se convierten en un puñado de oficinas administrativas de una empresa más al servicio del capital financiero, agrandando la brecha, de por sí existente, entre los potentados que fungen como representantes populares y los gobernados.

Hoy es poco probable encontrar un país fuera de la dinámica global imperante con el gobierno del capital financiero a la cabeza de la política oficial e institucional. México, que apostó recientemente por el retorno del presidencialismo monárquico, vive desde hace unos años (desde que se permitió un gobierno sumiso al capital y a la vez una tiranía antidemocrática) un proceso alarmante de desocialización y una total desarticulación de las antaño poderosas estructuras sociales y culturales, sumiéndonos, sin distinción, en un estado de barbarie y miedo que hace burla de almas crédulas y timoratas que aún se aferran a espectros llamados leyes y a su dudosamente “ciega” justicia.

El resultado de la fusión entre la dictadura sin rostro que es el PRI y el mercado global, auspiciado por los gobiernos emanados del partido que logró institucionalizar la Revolución, es un acercamiento cada día más peligroso al totalitarismo en su expresión más pura, por el cual el gobierno/mercado tiene el control incluso de la mente de sus gobernados, gracias a los consorcios televisivos que monopolizan la verdad y envenenan hasta el embrutecimiento a su población cautiva.

México está repitiendo su historia, como señaló Bertolt Brecht que harían los pueblos ignorantes de su pasado; el partido hegemónico logró el milagro de la resurrección y la situación actual se asemeja a la que se vivió hace cuarenta o cincuenta años. Aquello que la Ciudad de México pudo ganar en subsecuentes periodos de gobiernos de izquierda se perdió en un año, desde la llegada de Enrique Peña Nieto

al poder. Hoy, de nuevo se ven tanquetas resguardando el Palacio Nacional; el Poder Legislativo es mero trámite a la hora de votar las reformas estructurales que han ido entregando, poco a poco, el patrimonio y la soberanía; el Poder Judicial ignora los derechos humanos para permitir al Ejecutivo y su policía cualquier tipo de abuso de poder; los medios sirven al gobierno, ya no se habla de las miles de ejecuciones diarias, herencia sangrienta de la administración anterior; hoy ya no es posible marchar sin que un policía destruya la cámara de un reportero independiente, y las cuotas de detención están a la orden del día.

Pero hay otras dinámicas que también se repiten. Si se repiten los horrores del partido hegemónico, también se está repitiendo y renovando el grito que protesta, que señala un alto a las vejaciones. Se repite la historia para quienes lloran, pero también para quienes dicen “¡Basta!”.

El 11 de mayo de 2012, en la Universidad Iberoamericana, la historia política que estaba predeterminada y que tenía un rumbo claro, despejado, cambió. Hubo un claro enfrentamiento entre la inevitable catástrofe que era la impunidad y el cinismo de la ilegalidad y la burla presentes en Peña Nieto y su discurso sobre Atenco, y el claro rechazo de los estudiantes a ser objeto de ese cinismo, a ser cómplices en el aplauso y en el silencio. Y precisamente, en ese rechazo se dio una identidad, pasando de las calles a las redes y de las redes a la calle, evolucionando también el discurso hasta transformarse en un acto verdaderamente político, y hasta transformar esa explosión colectiva en un movimiento democrático.

Aquello que transformó el discurso emotivo y la movilización masiva fue precisamente el empoderamiento de #YoSoy132, esto es, además de manifestar sus exigencias particulares, más allá de las peticiones inmediatas a las instituciones, este movimiento se postuló como el representante y portavoz de la sociedad en su conjunto, de todos aquellos que estaban fuera de la estructura y que habían sido sometidos por ésta. Este acto de empoderamiento, un acto verdaderamente político, desestabilizó el orden opresivo que existía en las relaciones de los gobernados con los magnates de los partidos, aquellos pertenecientes a la estructura política institucional.

la verdadera lucha política es la lucha paralela por conseguir hacer oír la propia voz y que ésta sea reconocida como la voz de un interlocutor legítimo

Dice el filósofo esloveno Slavoj Žižek, que la verdadera lucha política es la lucha paralela por conseguir hacer oír la propia voz y que ésta sea reconocida como la voz de un interlocutor legítimo; que la verdadera apuesta no está en las reivindicaciones explícitas, sino en el derecho fundamental a ser escuchados y reconocidos como iguales en la discusión. Las reivindicaciones específicas de #YoSoy132 eran claras: democratización de medios, elecciones libres, voto informado. Pero más allá de eso, #YoSoy132 se empodera en el momento en que se reconoce como representante de la sociedad y por tanto como interlocutor legítimo, capaz de ser escuchado por el orden establecido, esto es, el gobierno y los partidos políticos. El punto neurálgico de ese empoderamiento, de ese “hacer escuchar la propia voz” es el debate del 19 de junio de 2012 organizado por el propio movimiento y en el que, al asistir tres de los cuatro candidatos, se le reconoce como interlocutor. Es el primer debate ciudadano organizado en la historia política de México.

Por tanto, #YoSoy132 no fue sólo un movimiento verdaderamente político y democrático (para Žižek política y democracia, durante la politización de los movimientos, son sinónimos), también fue un movimiento de lucha verdaderamente política. El autoreconocimiento como portavoz y su emergencia ante los discursos de la parte singular y ordenada (candidatos y partidos) hicieron al movimiento democrático y político, y lo empoderaron, y su reconocimiento como interlocutor legítimo hizo que sus acciones y actos fueran verdaderamente políticos.

Otro elemento que contribuyó a la politización real y, por tanto, al empoderamiento de #YoSoy132 fue el ataque frontal, por todos los medios, del poder. Los medios excluyeron primero al movimiento y luego lo atacaron, descalificaron y difamaron, también lo hicieron con sus integrantes en casos particulares, transformándolos ante la opinión pública en los excluidos, los acarreados, los pagados por el candidato Andrés Manuel López Obrador, los estudiantes flojos, etc. Pero aun así, mientras la opinión pública cedía y comenzaba a atacar también a #YoSoy132, el movimiento asumió la representación del Pueblo, de todos, en el “luchar por quienes no luchan”, “Si nosotros no ardemos, ¿quién iluminará esta oscuridad?” Se realizaba así, volviendo a Žižek, el acto de politización en su forma más pura.

Así, este empoderamiento logró viralizar la insurgencia juvenil, y pronto se unieron estudiantes de universidades públicas y privadas de todo el país. La Universidad Anáhuac, el ITAM, la UVM, el IPN y la UNAM, así como las demás universidades jesuitas del interior de la República, y posteriormente profesores, académicos, otros profesionistas, y gente de las más diversas ideologías y estratos conocieron lo que era #YoSoy132; el *hashtag* se mantuvo por días en la red, el material audiovisual fue reproducido más de un millón de veces. En aquellos días #YoSoy132 estaba en todos lados.

Sin embargo, nos vuelve a recordar Žižek, quienes ganan las luchas políticas son aquellos que ganan las luchas ideológicas, y en general son los que apuestan a la despolitización de los movimientos para que todo siga el curso que el orden y el poder dictan que debería seguir. De esta forma se inició una campaña mediática que desgastó al movimiento, creando una imagen típica y fuera de la realidad que permeó en gran parte de la población hasta el punto de que #YoSoy132 perdiera la mayoría de sus seguidores. Además, el triunfo de Enrique Peña Nieto y la estrategia de contrainsurgencia y persecución desatada por su nuevo régimen minaron la confianza y el temple de muchos. También el desgaste del movimiento se atribuye a la desorganización de sus asambleas.

A pesar de lo anterior, #YoSoy132 puede considerarse un parteaguas en la insurgencia juvenil contemporánea, pues tuvo un carácter eminentemente político, precisamente porque no se reconoció como la voz de la juventud o de los estudiantes de algún grupo específico, sino como la voz de todos los mexicanos fuera de la estructura del poder. El valor de este movimiento es haber sido la vanguardia eminentemente política que logró empoderarse en tiempos en que el quehacer de la llamada pospolítica es precisamente la despolitización y la caída de las luchas ideológicas.

Es pertinente hablar ahora de #YoSoy132 en pasado, como movimiento, pero es pertinente también referirse a él en presente, como referente político. No debe olvidarse su papel único en la lucha contra el silencio y contra el poder que arrebató su ser político. #YoSoy132, al igual que el movimiento de 1968 sigue y seguirá llamando desde la historia a la desobediencia civil que nos permita construir una nueva y quizás bien alcanzada libertad.

CARLOS
PELLICER
SOTRAYS

